

Día de Reyes

Hildebrando Chaviano Montes
Abogado y periodista independiente
Miembro de la *Corriente Agramontista de abogados independientes*
La Habana, Cuba

Víctor Patricio Landaluce, pintor y escritor español (Bilbao 1830-La Habana 1889), fue testigo de las fiestas carnavalescas de La Habana colonial. Tanta admiración provocaron aquellas del Día de Reyes, que las inmortalizó en el lienzo. Muy diferentes serían hoy sus pinturas si se inspiraran en el carnaval.

En aquellas fiestas, donde el sincretismo de dos culturas ayudaría a conformar una nacionalidad única, blancos, negros y mestizos disfrutaban de la danza, la música y el colorido de los trajes, que ya no eran tan africanos sin dejar de serlo del todo. Unos como espectadores y otros como artistas o vendedores de comestibles o artesanías, disfrutaban por igual. Aunque fuera solo por el Día de Reyes, los negros podían imaginarse reyes y príncipes en su lejana África, sin importar que allá nunca fueran más que simples aldeanos, cazadores o pescadores.

Aquellos monarcas, que sin serlo en realidad se comportaban como si lo fueran, se ganaron con trabajo y comportamiento civilizado el derecho a celebrar sus fiestas paganas en medio de tanto catolicismo rancio e hipócrita, amén de que en lo secreto conspiraran en busca de la libertad.

Hoy los descendientes de aquellos lucumíes, congos, mandingas y carabalíes tienen en las fiestas carnavalescas un comportamiento que provocaría la vergüenza ajena en sus

ancestros. Jóvenes negros van a la fiesta preparados como para la guerra; cualquier arma blanca sirve a estos fines: desde cuchillas de afeitar hasta machetes, todo lo que pueda servir para herir, marcar o matar. La víctima no tiene que ser necesariamente un enemigo; puede de ser un perfecto desconocido que la ocasión pone delante del matón.

Cientos de detenidos, decenas de muertos y heridos, es el saldo que dejan unas fiestas en las que no se festeja nada y son la justificación para desatar las frustraciones, odios y rencores de una sociedad profundamente dividida en lo político, lo económico y lo racial. Para no variar, el color predominante en estos días en los calabozos de las unidades de policía ha sido el negro.

Afuera, esperando por los detenidos, están los familiares, también negros; madres, padres, esposas, hermanos. Todos exhibiendo bajo nivel de escolaridad, bajo poder adquisitivo y poco conocimiento de los buenos modales. La actitud común hacia las autoridades va desde la sumisión hasta la rebeldía apenas contenida, pasando por la impotencia. Al metido en problemas lo justifican de las formas más ridículas, como la madre que explica que la cuchilla de afeitar que le ocuparon a su hijo era para afeitarse. Pareciera que, diciendo semejante tontería, asumiera todas las culpas por haber criado al querido retoño sin valores morales que ella misma desconoce.



"Carnaval" en La Habana colonial. Cuadro de Víctor Patricio de Landaluze

Los jóvenes negros no entienden nada de lo que les pasa y sus familiares tampoco. Una generación tras otra han vivido hacinados en los mismos solares habaneros de baños colectivos y en los mismos barrios marginales, escuchando los mismos toques de tambor a los orishas sordos o dormidos, que no acaban de sacarlos de tanta miseria. Beben el mismo alcohol barato que bebieron sus padres y abuelos y duermen en las mismas colchonetas apestosas a sudor y semen.

Landaluce conoció las fiestas de los negros del siglo XIX habanero y también conoció una ciudad en que la mayor parte de los artistas y artesanos, así como muchos comer-

ciantes, eran de esta raza. Medio siglo de república para blancos, más otro medio siglo de socialismo para blancos, han logrado degradar una buena parte de la juventud negra, que ya no se identifica a sí misma como heredera de una rica cultura e historia de siglos.

Casarse con un extranjero, no importa el sexo, para irse lo más lejos posible y cuanto más rápido mejor, es la mayor aspiración de hombres y mujeres. El alcohol, las drogas, la música, la violencia y el sexo son otras maneras de escapar. Y en los carnavales abundan, como una de esas malas películas de la noche del sábado que nos quitan el sueño.